
De nuevo, «Relevo en el Vaticano»¹

Juan Pablo II

El día 2 de abril el Papa Juan Pablo II pasaba de este mundo al Padre tras una larga vida coronada con una dolorosa enfermedad. Las cámaras de televisión que le acompañaron a lo largo de su pontificado fueron testigos también de sus últimos días. La humanidad entera, católicos y no católicos, ha seguido la vida y muerte de este hombre dedicado en cuerpo y alma a acrecentar la viña que el Señor le había encomendado. Los resúmenes periodísticos de urgencia nos han dado todo tipo de información acerca de los viajes que realizó, las encíclicas que firmó, las multitudes a las que recibió, etc. Incluso, junto a los comentarios periodísticos, se han publicado, aprovechando la oportunidad, amplios volúmenes, de urgencia también, sobre su vida con algunas reflexiones sobre su origen, el contexto socio-político de Polonia en el que maduró, y de qué manera todo ello ha influido en su forma de gobernar la Iglesia.

¹ En el número de septiembre-octubre de 1978, de *Razón y Fe*, se publicaba un editorial con título “**Relevo en el Vaticano**”, tomo 198, págs. 132-136, en el que se daba cuenta del fallecimiento de Pablo VI y de la elección de Juan Pablo II.

Los que hacemos Razón y Fe, siguiendo nuestros objetivos fundacionales de diálogo entre la fe y la cultura, hemos planteado en múltiples ocasiones estudios, comentarios y crónicas sobre puntos concretos de la actividad desarrollada por el Papa. Todavía está reciente la última crónica sobre su venida a España. Llegados aquí, sólo nos queda dejar para los historiadores una segunda reflexión sobre el impacto real de este papado en la historia de la Iglesia. La revista hace suyas las palabras del P. Kolvenbach, Superior General de la Compañía de Jesús, en carta destinada a los jesuitas: "La tradición de la Compañía prescribe que todos ofrezcan la Eucaristía por un Papa difunto, en el momento en el que éste se encuentra cara a cara con su Señor"², y eso pedimos a nuestros lectores católicos; y a los que no lo son, un momento de silencio para hacer memoria de su paso por este mundo más allá de las cámaras de televisión.

Nos quedamos con su mejor recuerdo en las palabras de su propio testamento, en el que se muestra profundamente agradecido por el gran don a la Iglesia que supuso el Concilio Vaticano II, en el que él fue uno de los participantes. En ese testamento, en el que confía el patrimonio del Vaticano II implícitamente a su sucesor y a toda la Iglesia en estos términos: "Al encontrarme en el umbral del tercer milenio in medio Ecclesiae deseo expresar una vez más gratitud al Espíritu Santo por el gran don del Concilio Vaticano II -del que junto a la Iglesia entera y todo el episcopado- me siento deudor. Estoy convencido de que las nuevas generaciones podrán servirse todavía durante mucho tiempo de las riquezas proporcionadas por este Concilio del siglo XX. Como obispo que ha participado en el evento conciliar desde el primero al último día, deseo confiar este gran patrimonio a todos aquellos que son y serán llamados a ponerlo en práctica en el futuro. Por mi parte, doy las gracias al Pastor eterno, que me ha permitido servir a esta grandísima causa en el curso de todos los años de mi pontificado".

² KOLVENBACH, P. H., «A toda la Compañía, en la elección de SS Benedicto XVI», 2005/08.

Benedicto XVI

Veinte días después, el día 22, los cardenales reunidos en cónclave, elegían a su decano, el cardenal alemán J. Ratzinger, hombre de curia, creado cardenal por Pablo VI y llamado por Juan Pablo II para estar al frente de la Congregación de la doctrina de la fe. De nuevo los medios de comunicación dieron un cumplido conocimiento de la imagen de este hombre que, en su calidad de decano del Colegio cardenalicio, ha tenido una presencia y protagonismo notorio en el tiempo de sede vacante. No seremos nosotros los que tratemos de establecer, siguiendo el estilo político, una hipótesis de programa de gobierno a base de sus intervenciones en las homilias de las Misas Pro eligendo Pontifice y de Coronación, y menos los que planteemos la variación que puede suponer para una persona de edad cumplida el cambio entre el encargo de defender la fe en la curia vaticana y el de conservar y acrecentar la Iglesia universal.

Lo que sí queremos es hacernos eco de su primer mensaje como Benedicto XVI en el que manifestó su voluntad decidida de proseguir con el compromiso de realización del Vaticano II y de la reconstitución de la unidad plena de los seguidores de Cristo. Este mensaje ecuménico se junta con la llamada que previamente había hecho a los cristianos a vivir una fe adulta y madura frente a todo lo que pueda suponer superficialidad y moda. Esa apuesta por una Iglesia universal en la que todos los discípulos de Cristo, de nuevo reunidos, se sientan firmes en sus convicciones adultas y maduras y a la vez capaces de dialogar con la cultura, será capaz cada vez más de atraer a toda clase de personas, en especial a los jóvenes.

A nadie se le oculta el elenco de problemas y tensiones externas e internas entre los que navega la barca de Pedro en el mundo actual. Tensiones externas como la del diálogo con esas personas que no admiten la existencia de Dios, que profesan otra religión (judíos, musulmanes...) o que en un momento de la historia optaron por la separación. Tensiones internas nacidas de la necesaria articulación entre centro y periferia (curia romana,

conferencias episcopales), de los enfrentamientos entre tradición y renovación, de desajustes entre Iglesia diocesana e Iglesia carismática...

También en esto, los que hacemos mes a mes Razón y Fe, tomamos como nuestras las palabras con las que el P. Kolvenbach se dirigía a los jesuitas: "Efectivamente del vínculo afectivo y efectivo que liga a la Compañía con el Sucesor de Pedro, tan característico y propio de nuestra misión, brotará espontáneamente una ardiente oración para que Aquél que vive en medio de su Iglesia bendiga el nuevo pontificado y acompañe a su nuevo Vicario en el ejercicio de su ingente responsabilidad. El mismo Santo Padre Benedicto XVI, aludiendo en su primer discurso a sus insuficiencias frente a la misión, ha pedido nuestra oración y nuestra confianza en la ayuda permanente al Señor"³.

Como cristianos que se sirven de su **razón**, creemos que todas estas tensiones externas e internas, manifiestas y ocultas, se ordenarán de tal manera que conformarán un programa coherente de actuación capaz de hacer que la barca de Pedro no naufrague en medio de las tormentas. Como cristianos que han recibido gratis y que, por la gracia del Espíritu, mantienen su fe, creemos que más allá de las tensiones y de los problemas, en las realidades eclesiales se encuentra siempre presente la acción de ese Espíritu que Cristo resucitado prometió a su Iglesia. Desde esta fe comprometida con el diálogo cultural queremos transmitir a nuestros lectores nuestra voluntad de mantenimiento en el compromiso de la mejor manera en la que seamos capaces de hacerlo. ■

³ Ibidem.